

¿Es Posible una Religión Personal en una Sociedad Laica?

SELECCION VERSUS MASA

Juan M. Ganuza, S. J.

¿Es posible una religión personal en una sociedad laica? La pregunta aquí formulada no obedece a ningún intento de suscitar polémicas tan teóricas como inútiles. Muy al contrario. Con ella se pretende resumir cuál sea la actitud más procedente y que conviene adoptar por la Iglesia en el Apostolado: si el darse al cuidado de la masa sociológicamente cristiana o a las minorías selectas. El problema lo ha suscitado sobre todo un libro del P. Juan Danielou en el que este conocido jesuita formula una respuesta. El autor de este artículo expone la tesis de dicho libro y lo comenta acertadamente.

El teólogo francés Juan Danielou ha escrito un libro, no sólo fuera de lo corriente, o mejor dicho, de la corriente, sino contra corriente. Lo ha titulado "La oración, problema político", y ha tenido la fortuna de ser duramente atacado.

En un bravo prólogo, que tiene mucho de apetitoso "lead" periodístico, J. Danielou echa las cartas sobre la mesa.

"Este libro quiere plantear una pregunta: ¿Cómo puede ser posible un gran pueblo cristiano en la civilización del mañana? El problema religioso no es el problema de una selección, sino por el contrario, un problema de masas. Pero, al nivel de las masas, religión y civilización dependen estrechamente una de otra. No hay verdadera civilización que no sea religiosa. Inversamente, una religión de masas no es posible sino sostenida por una civilización. Hoy, sin embargo, nos parece que demasiados cristianos aceptan la yuxtaposición de una religión personal y de una sociedad laica. Tal concepción es ruinoso para la sociedad y para la religión. Pero ¿cómo encontrar una mutua armonía, de forma que no se esclavice la religión a los poderes temporales, o éstos a la religión? Este libro quisiera ser una invitación a esta investigación, esencial para el porvenir".

Mucho se habla de la Iglesia de los pobres, pero las puertas de la Iglesia se están cerrando a los pobres. Nos parece muy lamentable consolación la de aquellos que pretenden compensar la pérdida de poblaciones enteras para la fe con la creación o consolidación de pequeños "oasis" cristianos, en que se viva el evangelio según todas sus exigencias.

Dos concepciones de la vida se entrecrocán en el campo de la teología pastoral hoy. Los unos dicen: no podemos malgastar nuestras energías apostólicas volcándolas sobre una masa

sociológicamente cristiana, tal vez, pero en proceso de inevitable paganización. Creemos núcleos de cristianos fervientes que irradian el Evangelio. Los otros, sin gritar tanto, siguen dándose a esa masa cristiana, procurando con todas sus fuerzas conservar y mejorar su fe. No se resignan al naufragio de este pueblo de Dios inmenso.

El libro de Danielou tuvo un inmenso eco en la última sesión conciliar. Aborda valientemente los problemas teológicos de máxima importancia hoy. Problemas que no pertenecen al dominio de los espacios siderales, sino que van a ser decisivos en la trayectoria histórica que la Iglesia postconciliar empezó a recorrer. Ignoramos la influencia que el libro de Danielou tuvo en el esquema XIII sobre la Iglesia en el mundo y en el llamado esquema XIV. Pero algunos de sus puntos de vista se reflejan en muchos de los enunciados conciliares que afrontan temas vitales como Iglesia y civilización, el cristianismo en la sociedad, las instituciones cristianas...

Hace unos días, uno de los Obispos de Venezuela, muy al día en los afanes teológicos de la Iglesia actual y protagonista de brillantes actuaciones en el Concilio, hablaba entusiasmado de este libro, que había subrayado abundantemente.

"El drama del cristianismo occidental de hoy, escribe Danielou, de la parte del mundo donde ha existido un pueblo cristiano, es precisamente la descristianización de las masas. Que haya crisis en las elites intelectuales no es de extrañar, pues siempre las ha habido. No es más peligroso para un país cristiano el contar con algunos intelectuales ateos que para un país ateo contar con algunos intelectuales cristianos. Pero lo que es mucho más difícil de reparar, porque es el resultado de una labor larga y paciente, es la constitución de un pueblo cristiano. Y es extraño, en efecto, que son con frecuencia los que más hablan de la evangelización de los pobres los que se muestran más hostiles a las condiciones que hacen accesible el Evangelio a los pobres".

El pueblo cristiano se siente traicionado.

En una entrevista que le hace la revista francesa "Ecclesia" (setiembre, 1965) explica Danielou el porqué de su libro. En las diversas sesiones del Concilio ha constatado con pena

que muchos de los grandes teólogos se han resignado a un cristianismo de "élite". Eso es el fin de la Iglesia de los pobres. Tiene horror a una Iglesia de "puros", de "Intelectuales", de "militantes"... La cristiandad es un capital que hay que valorizar, no dilapidar. No hay Encarnación sin socialización, sin dimensión social. La Iglesia de los pobres necesita un enraizamiento social. "Y yo, dice, alzo el grito a voz en cuello contra un cristianismo de élite, un pequeño núcleo perdido en medio de un mundo que pretende ser ateo".

Esta tesis que alarma a Danielou tiene también sus partidarios entre nosotros. Incluso en revistas piadosas y por plumas de acreditada solvencia teológica se sostiene que "las masas no son capaces de responder a las exigencias del Evangelio", y que "lo que la Iglesia pierde en extensión, por lo que se ha dado en llamar apostasía de las masas, lo gana en profundidad".

No intentamos hacer una crítica de la "Iglesia en diáspora", de K. Rahner¹, pero debemos consignar que sus ideas han hallado eco en muchos de nuestros teólogos y pastores y que su "Iglesia en diáspora", "de miembros activos", con "carácter de secta y opuesta a la Iglesia de masas", aséptica bajo el punto de vista político... está estructurando una pastoral que va a espantar más ovejas del rebaño de Cristo que todas las plagas de Egipto y del Apocalipsis de consuno. Por retener a la oveja gorda y de raza se abre el redil para que las otras noventa y nueve se paganicen. Luego tal vez se medio recupere alguna de ellas...

Hablan mucho contra los "ghettos" y son especialistas en crearlos.

Coincidimos con Danielou cuando expresa que el pueblo cristiano, el pueblo fiel, con todas sus taras, sigue siendo fiel, se siente traicionado por sus jefes y pastores que no sólo aceptan esta mentalidad, sino que la propagan con todas sus consecuencias:

"Este pueblo cristiano que existe todavía en Italia, España, Colombia... se siente traicionado cuando ve a ciertos grupos católicos, laicales o sacerdotales más preocupados de entablar diálogo con los marxistas que de trabajar en su defensa y en su expansión. Es cierto que el afán misionero es un afán esencial. Pero San Pablo nos exige pensar también en nuestros hermanos en la fe. Y sería un cálculo criminal abandonar a la muchedumbre de los pobres que se ha confiado a la Iglesia bajo el pretexto de aligerar a ésta para hacerla más misionera. Es este pueblo el que ha hecho frente en Rusia a la ideología marxista y el que pretende destruir la persecución actual. Y el que tienda a destruir lo que es más sagrado, la fe de los pobres, es lo que hace esta persecución particularmente odiosa".

1. K. Rahner: "Mission et grace", vol. I. p. 26, Mame, Paris, 1962.

La oración, problema político.

Nuestros lectores conocen ya la tesis del P. Danielou, indicada en las líneas anteriores contenidas en el primer capítulo del libro que comentamos y que el autor titula "La Iglesia de los pobres".

Pero la parte más polémica, y que ha dado el título al libro es la que desarrolla Danielou en el segundo y tercer capítulo.

Resumamos algunas de sus ideas fundamentales.

No ha habido civilización que no haya sido religiosa y toda religión tiende a encarnarse en una civilización. La religión es el alma, el aliento profundo de toda civilización y por eso no puede mantenerse al margen de ella si quiere llegar a ser popular. La oración no puede existir de una manera abstracta. Es la plegaria del hombre concreto, comprometido en la existencia. La política, la civilización, debe ofrecer al hombre la serie de condiciones estables que le hagan fácil la oración, la práctica de su religión. Sin ello no podría el hombre realizarse como hombre en uno de sus aspectos fundamentales.

No se trata de algunos hombres que siempre tendrían manera de orar, sino del común de los hombres. No se trata de la plena realización humana y espiritual de una "pequeña aristocracia" de espirituales, sino de la posibilidad de oración para el hombre de la calle, de la fábrica y del campo, encuadrado en las estructuras normales de la sociedad. Debemos reaccionar contra la teoría que hace de la vida espiritual, de la vida religiosa, feudo de unos pocos selectos. Esto está en pugna contra todo el fondo esencial, no sólo del cristianismo, sino de toda religión y del hombre mismo.

Nuestra civilización actual, técnica y laicista, hace difícil la realización de esa vida espiritual, de la oración, al pueblo, a la inmensa mayoría de los mortales.

Por otra parte, un grupo cada vez más numeroso de teólogos y aun de laicos católicos están reduciendo la concepción de la Iglesia a una minoría de selectos, de almas fieles que cumplan las exigencias del Evangelio.

"Trasluce (entre ellos) una nostalgia por la Iglesia de los mártires y se hablará con regusto del fin de la era constantiniana. Y se preferirá salvaguardar esta pureza, aun a riesgo del abandono de todos aquellos cristianos para los que el cristianismo no es sino una práctica exterior".

Ciertamente que el cristianismo sociológico no puede detenerse ahí y debe tender a un cristianismo personal y que la práctica religiosa debe crear la actitud interior. Pero sin una serie de condiciones constituidas de un cristianismo social se hará imposible para la masa del pueblo un cristianismo personal.

Es cierto que sólo pequeños grupos responderán a las exigencias del cristianismo, pero la Iglesia no es sólo para ellos, sino para todos. Es la red inmensa que recoge toda clase de pescados, buenos y malos, y, sin olvidarnos de sus sombras, son las épocas de cristiandad las que deberíamos intentar revivir. Una "capilla" de cátaros, de puros, no puede ser la Iglesia de Cristo, pueblo inmenso de santos y pecadores.

Ante la amenaza, pues, de descristianización de nuestros pueblos, la Iglesia —y todos somos Iglesia— debe luchar para que la civilización moderna no aleje a los hombres de la religión, no haga inaccesibles a la oración las vidas de las masas humanas. Esto exige un esfuerzo gigantesco, particularmente en el plan institucional: familia, escuelas, medios de diversión...

Sería muy peligroso acabar con nuestras instituciones. Hay que mejorarlas, adaptarlas a los nuevos ambientes, establecer nuevas, presionar a los poderes públicos por los medios legales para que creen condiciones socio-económicas y políticas favorables al desarrollo del hombre total, que es esencialmente religioso.

En este sentido, que Danielou amplía magistralmente, podemos decir que "la oración es un problema político".

El cristianismo no puede quedar al margen de esta nueva civilización en la que estamos insertos, que nació fuera de él, pero que no podrá realizarse en su plenitud sino con él y por él. Hay un párrafo vibrante, de no poca actualidad aun para nuestro ambiente, con el que Danielou acaba su capítulo "Cristianismo y civilización":

"No me gustan esos cristianismos que, para no ensuciarse las manos, se mantienen al margen de las realidades humanas. Me gustan esos cristianos que se baten para hacer penetrar el cristianismo en el mundo, aunque salgan del intento con rasguños. Me gusta esta Iglesia que se mete en lo más espeso de la historia humana, que no teme comprometerse mezclándose en las historias de los hombres, en sus conflictos políticos y en sus corrientes culturales. Amo a esta Iglesia porque ella ama a los hombres y por ello va a buscarlos donde están. Y prefiero esta Iglesia llena de cicatrices del pasado porque está mezclada con la historia. Prefiero esta Iglesia de los pobres a los fariseos de manos puras que le echan en cara sus flaquezas, pero que jamás han salvado a nadie".

Armonía entre cristianismo y civilización.

Civilización es una palabra ambigua. Entre otras interpretaciones que se han dado de ella retengamos esta doble acepción: a) conjunto de estructuras técnicas y sociológicas que condicionan la vida colectiva de la humanidad; b) mentalidad de un grupo humano que le abre el camino a su realización.

Pero más ambiguo aún es el concepto "civilización cristiana", donde se encierran dos mundos antípodas. Civilización, por un lado, implica la noticia de "ciudad terrestre", con su fin puramente humano. Cristianismo significa sociedad sobrenatural, con un fin supraterrrestre.

Esta ambigüedad, exacerbada hoy por una complejidad de factores, lleva a muchos cristianos a pretender delimitar bien los campos: por un lado, una Iglesia, sobrenatural, disociada enteramente de la civilización; por otro, la civilización siguiendo su camino al margen de la Iglesia. Incluso esta civilización en manos de un marxismo que prescindiera de religión e irreligión.

Digamos que esta solución, además de absurda, es irrealizable. La Iglesia, el cristianismo, no puede desinteresarse de la sociedad temporal, sometida también a la ley de Dios, de la que se reconoce intérprete. Y la civilización no puede hacer abstracción del cristianismo.

Civilización cristiana, para Danielou, es aquella cuyas instituciones se conforman con la ley divina, o, mejor aún, aquella en que las costumbres están penetradas por el espíritu cristiano. ¿Ha existido tal civilización? Parece que no, y, aun en el caso de admitir tal civilización, sería absurdo identificarla con el cristianismo. Este no es una civilización, ni una concepción de la vida humana, no pretende construir la ciudad de la tierra, sino conquistar la Jerusalén celestial. Y los principales acontecimientos que llenan su historia (Encarnación del Verbo, su Resurrección, Venida del Espíritu Santo, Misión de los Apóstoles y de la Iglesia...) no tienen que ver con los acontecimientos de la historia y cultura humanas.

Podemos, sin embargo, hablar de civilización cristiana, en cuanto que el cristianismo no puede hacer tabla rasa de la ciudad terrestre, sujeta a la ley divina, y también en cuanto sería imposible que el espíritu cristiano no se relajara en las instituciones temporales a través de los mismos cristianos.

Sería imposible que este espíritu cristiano no impregnara las instituciones, en particular la familia, base de toda sociedad. "Y el drama no es, escribe Danielou, que los cristianos no hayan penetrado bastante", pues aun en épocas que se califican de cristianas, como la Edad Media, muchas instituciones eran paganas ("ius utendi et abutendi...").

Por otra parte, la Iglesia no puede prescindir de la civilización, de la ciudad terrestre, que está dirigida finalmente hacia la celeste. No puede permitir que la ciudad terrestre sea un obstáculo insuperable en el camino hacia la ciudad celeste. Y como es imposible un auténtico pueblo cristiano con instituciones paganas o perversas, el cristianismo, en nombre de su fin esencial, debe actuar sobre las instituciones humanas.

Hay que descontar, con todo, el mito de esperar la realización del Reino de Dios en este mundo.

La civilización cristiana supone asimismo un grave riesgo para los cristianos: la mundanización. Cuando son perseguidos por la "ciudad" fácilmente abrigan una esperanza que trasciende la ciudad, pero cuando son dueños de la ciudad se pueden dejar corromper por ella. ¡Y cuántos empezaron con buenas intenciones!...

Ante un malestar que experimentan muchos cristianos, aun entre los más comprometidos en las tareas de la ciudad temporal, a aceptar la civilización occidental como cristiana, existe el peligro de echarla por la borda. Ciertamente que nuestra civilización occidental no es cristiana, pero ha heredado auténticos valores cristianos y sería funesto rechazar el bloque de oro macizo porque está amalgamado con metales viles.

El problema fundamental para el cristiano no está en aceptar o rechazar ciertas formas históricas por sí mismas, sino en su fidelidad a una exigencia que brota del cristianismo: la civilización es parte de la creación que debe ser salvada y redimida. Si el cristianismo no está vinculado a ninguna civilización, ni en el tiempo ni en el espacio, debe acudir a salvar a todo lo creado, particularmente esa realización del esfuerzo humano, que es la civilización. Esta tiene necesidad del cristianismo, aun en su campo específico, pues el pecado del hombre le impide realizarse plenamente incluso en su nivel natural.

Y el cristianismo también necesita de la civilización. Debe asumir todas las realidades humanas para "consagrarlas", y la civilización es una de las más nobles.

No estando vinculado a ninguna cultura ni histórica ni geográfica, el cristianismo está vinculado a todas y particularmente a la de este nuestro mundo actual que debe transformar, humanizar y consagrar.

¡Gracias, P. Danielou!

Este libro del P. Danielou, y antes sus artículos sobre el mismo tema, han alentado el inmenso esfuerzo apostólico que se está realizando en Latinoamérica. También nosotros nos sentimos traicionados por muchos de nuestros hermanos que propugnaban la Iglesia "pura", "descarnada"... Si quedaba tan poco del cristianismo de ciertos países occidentales al arrancarles la amalgama del catolicismo "sociológico", ¿qué iba a quedar de nuestro catolicismo folklórico? Si con tantos sacerdotes, con tantos movimientos laicales, con tantos santos... apostató Europa, ¿cuál era la suerte que el futuro nos deparaba a nosotros, subdesarrollados espiritualmente? En muchos de nosotros, y no digamos nada de los muchos que nos venían a socorrer espiritualmente de los "países avanzados", había calado hondo la tesis destructora del pro-

testante norteamericano John MacKay, "The other Christ and the other America" (El otro Cristo y la otra América). Nuestro Cristo, el "dios" muerto; nuestra América, un inmenso continente pagano de rito cristiano... Y todo "puro rito" o "puro mito"...

Durante 50 años nuestro pueblo ha permanecido fiel a la Iglesia de Cristo con gobiernos anticristianos, con "élites" anticatólicas, con escasos sacerdotes, sin apenas instituciones católicas. ¡Hay tantas cosas en nuestro catolicismo, particularmente la supervivencia de la fe cristiana, que no se explican sino por una "maternal" providencia de Dios sobre Latinoamérica!

Contiene una profunda teología la frase que se repite por toda la geografía iberoamericana: "Dios es gaucho" (Argentina), "Dios es brasileiro", "Dios es llanero", como decía un hombre de nuestro pueblo venezolano...

Nuestra Iglesia ha sido, aún sigue siéndolo, la Iglesia de los pobres, y los templos de Dios, la casa de nuestro pueblo.

En el editorial de la revista francesa "Informations Catholiques Internationales" (15 de julio de 1965) se hace una dura crítica del libro de Danielou, señalándose que sus tesis sobre "cristiandad de masa", "cristiandad y civilización"... iban a herir en lo más vivo el corazón y el pensamiento de muchos pastores y laicos y que iban contra corriente de toda la orientación misionera que ha costado demasiados sudores y lágrimas para que empiece a ser aceptada.

A nosotros este libro y sus tesis nos han hecho el efecto contrario al que tenía un Obispo francés citado en el mismo editorial: "Si ya se hace difícil movilizar a los cristianos para una pastoral misionera, van a ver ustedes cómo muchos van a usar entusiasmados las tesis de este teólogo para seguir tan tranquilos..."

Creemos, y lo hemos experimentado personalmente, que es un formidable estímulo para sacerdotes y laicos, particularmente en la situación religiosa de nuestros países, el confrontar una masa hondamente cristiana, aunque ignorante, que debemos y podemos, con la ayuda de la gracia del Señor, que nunca falta, conservar y mejorar, mediante el trabajo sobre ella, especialmente, de nuestros laicos cristianos. Gracias a Dios, hay un esperanzador resurgir de nuestro laicado apostólico y misionero.

Todavía no hay perspectivas históricas, pero creemos sinceramente que ciertas teorías teológicas muy en boga, y a las que hemos aludido en nuestro artículo, han sido un terrible y brusco frenazo al afán misionero de la Iglesia, en casa y fuera de casa.

Estamos con Cardijn y con su método jocista de transformar las instituciones, de salvar la masa o de perfeccionarla en Cristo por núcleos

apostólicos salidos de ella, pero inmersos en ella. Los "puros" acabarán como los solitarios de Qumram, dejando de'rás de sí un cementerio de restos misteriosos y de documentos... y su engreimiento espiritual.

La JOC y la Legión de María, con su tremenda fuerza misionera y enorme capacidad de expansión evangélica, transformando por dentro una masa aún cerca de Dios y sedienta de Dios y de su Cristo, nos enseñan con la eficacia de su ejemplo el poder de la gracia de Dios y nos obligan a creer en el poder del Evangelio y en el pueblo de Dios, pecador y arrepentido, atraído por la idolatría de demasiados becerros, pero suspirando por la liberación.

Quien conoce un poco de cerca a nuestros pueblos latinoamericanos, y no hablamos de turistas más o menos "técnicos", coincidirá en que está integrado por una grey innumerable de "pobres de Jahvé" que confían en El, y que sería criminal abandonarlos a las furias desencadenadas de la impiedad o al frío materialismo pagano de la nueva civilización. Y la pesca a anzuelo que había que hacer después no sería excesivamente halagüeña.

Una voz de alerta que llega del Norte.

Sería un grave error, dice Danielou, arrancar del cristianismo todo lo que no es compromiso personal, despreciar un cristianismo sociológico. Sería abocar al ateísmo al pueblo inmenso que encuentra en el cristianismo la forma más pura de satisfacer su necesidad de Dios... ¿No es algo precioso conocer a Dios, fundamento de toda la vida moral y base de toda ciudad?

Es cierto que el cristianismo puede surgir en ambientes difíciles y en un clima de desarraigo sociológico, pero la existencia de un pueblo cristiano no es posible en un mundo en pugna con el ideal y las instituciones cristianas. En un mundo, como el nuestro, en que las instituciones están deshumanizadas y descristianizadas, el esfuerzo cristiano debe insistir en su reestructuración para crear un nuevo pueblo cristiano donde ya no exista, o para inyectarle nueva vida y evitar su desmoronamiento donde aún exista.

En're las muchas reacciones contrapuestas, orales y escritas, que ha provocado el libro del teólogo francés quiero consignar una que tiene valor de signo del tiempo y del espacio. Es un artículo sensato que el P. R. Arés, director de la revista jesuítica canadiense "Relations", hombre de relevante personalidad en el Canadá francés.² Después de exponer las tesis de Danielou y tratar de aplicarlas a Quebec, concluye su estudio así:

Hemos visto el alcance de la tesis del P. Danielou: quien quiere el fin, es decir, un pueblo

cristiano, debe querer también el medio, es decir, una cristiandad. Hasta ahora la Iglesia de Québec ha querido el fin y el medio. Si guarda mañana esta misma voluntad, deberá emprender la tarea de transformar a Québec, de cristiana civilización tradicional, a una civilización cristiana renovada, ahorrándose la descristianización. La cosa es perfectamente posible, nos lo asegura Danielou, a condición de pagar su precio: en presencia, trabajo y amor... A la Iglesia de Québec, que hoy encara una magnífica y terrible opción, esta obra del P. Danielou puede aportar el rayo de luz que necesita para orientar con seguridad el destino religioso del pueblo franco-canadiense".

Québec, maravilloso pueblo cristiano, enraizado en una vieja civilización cristiana. Maravillosa fecundidad de vocaciones sacerdotales y religiosas. Alta práctica religiosa. La institución familiar, solidísima, apoyada en una red poderosa de instituciones católicas (universidades, escuelas, hospitales...). Cuando hace 12 años pudimos convivir en medio de ese pueblo meses inolvidables, compulsamos, además de esos altos valores religiosos, algunas brechas en el alcázar de su cristianismo: anticlericalismo entre grupos de jóvenes intelectuales (reacción contra cierto monopolio clerical en ciertos campos), materialismo ambiente que se infiltraba de la frontera del poderoso vecino, afán de novedades en brisas fuertes de Europa... Todo ello, con todo, implicaba un empeño de sana renovación. El catolicismo de Québec había resistido al cambio socio-económico y se había acomodado al rápido desenvolvimiento industrial.

Nuestro catolicismo no tiene esas cualidades de totalidad. La descristianización de ciertos ambientes ha sido muy rápida. En ciertos sectores de nuestro pueblo no quedan sino "restos", fragmentos que, sin embargo, no se pueden botar impunemente. Aún hay tiempo y oportunidad para una labor de reconstrucción. Incluso en ambientes, que creíamos totalmente paganizados, existe un poderoso rescoldo de cristianismo. Abundan las razones para una buena esperanza. Y hay signos positivos de resurgimiento.

También para nosotros el libro del P. Danielou puede ser una luz, y creemos que el teólogo francés ha sido un profeta de esperanza, cuya voz ha resonado en el filo trascendental en que se puede decidir la suerte cristiana de nuestro pueblo.

¡Gracias, pues, P. Danielou, por su mensaje y su timbrazo recio de alarma!

2. "Relations", Dic. 1965, pp. 346 y sigs. Montreal, Canadá.

Véase "SIC", núm. 202, p. 62.